

—¿Pero quiénes son?

—¿Quién ha de ser el fraile, más que el vicario de las monjas, fray Miguel de los Santos?

—Cuenta con lo que dices, Galana, mira que fray Miguel de los Santos es un varón muy respetable.

—Que sea respetable que no lo sea, es el que trae y lleva de noche á las habitaciones de doña Ana al pastelero Gabriel de Espinosa.

—Tú tienes ojeriza á Gabriel de Espinosa, porque por su causa, ó más bien por la riña que con él tuvo ayer por la mañana Corchuelos, está éste sentenciado á azotes, y á poco más le ahorco.

—Esas son otras cuentas; y yo le juro á vuestra señoría que el tal pastelero me las ha de pagar con las setenas ó he de dejar de ser yo Mari Galana. Quitando todo eso, es verdad que los que entran y salen de noche en el convento, son el vicario de las monjas y el pastelero; y si no, si están dentro, vuestra señoría lo verá.

—Pues vamos á ver si están ó si ya han salido.

Y el alcalde se dirigió al oscuro soportal, y entrando en él, dijo en voz baja:

—¡Hola, ministros!

—¿Quién es? contestó una voz baja y bronca.

—El alcalde Portocarrero.

—Dios guarde á vuestra señoría.

—¿Y el otro?

—Se ha ido detrás de los que han salido.

—¿Han salido ya?

—Sí señor.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de enfrente.

—¿Ha bajado alguien á alumbrarles?

—No señor; han salido á oscuras, despues de haber abierto con mucho silencio la puerta, y si no tuviéramos tan buena oreja y tan buena vista mi compañero Aironcillo y yo, ni los sentimos ni los vemos.

—¿Y quiénes eran?

—Un fraile blanco y negro, á lo que apenas podía verse, y un hombre rebozado en un capotillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Qué, no señor! No ha pasado ni el tiempo que se necesita para rezar tres credos, desde que salieron y los siguió Aironcillo, hasta que ha llegado vuestra señoría.

—¿Y por qué no os habeis ido vos tambien, Roquete? Porque siendo dos, llegarán á un punto en que se separen, y cada uno tome su camino.

—Vuestra señoría nos mandó que si saliese alguien le siguiese uno de nosotros, y que el otro se quedase observando.

—Decís bien; continuad en accho, y esperemos á que vuelva Aironcillo.

El alguacil Roquete se retiró, y para no ser oídos, el alcalde y Mari Galana se fueron á otro extremo del soportal.

VI.

—Ya verá vuestra señoría, dijo la Galana, como Corchuelos no se ha engañado.

—Nunca lo hubiera creído, dijo Portocarrero.

—Ya sabia yo lo que me decia cuando dije que las que daban escándalo eran las que menos debian darlo; en los pueblos se sabe todo, porque siempre hay quien oiga y quien vea, y todo el mundo se conoce, y no es como en Valladolid ó en Medina del Campo, que como hay mucha gente, nadie conoce á nadie.

—Que dos hombres han salido es verdad, dijo Portocarrero; ¿pero no podia ser muy bien, que alguien se haya puesto enfermo, y el hombre que ha salido con el fraile, sea médico ó cirujano?

—Pues si hay enfermo, todas las noches le da la basca, y tiene que venir el médico.

—¡Calla! Que parece que entra alguien en el soportal.

Y el alcalde adelantó entre lo oscuro, dejando en el otro extremo á la Galana.

—¡Hola! Aironcillo, ¿sois vos?

—Sí, señor alcalde, contestó una voz poco segura.

—¡Vive Dios! ¿Teneis miedo? dijo Portocarrero.

—Sí señor, sí; porque he seguido á dos almas del otro mundo.

—¿Qué disparates estais ahí diciendo, menguado?

—No son disparates, señor alcalde, porque ha de saber vuestra señoría, que los que iba siguiendo, andaban como alma que lleva el diablo, y al llegar á la encrucijada de la iglesia parroquial, por la parte del cementerio, me encontré con que de los dos no quedaba más que uno, y á pesar de que yo los seguia sin perderlos de vista, no sé cómo ni por dónde desapareció; el uno y el otro, el que llevaba hábitos de fraile se deslizó hácia la tapia del cementerio, y como el humo ya no le vi más.

—Porque la noche es oscura y vos sois torpe, imbécil, dijo el alcalde.

—Porque eran fantasmas, señor; que lo que es yo, veo de noche como los gatos, y no soy ni torpe, ni lerdo, ni cobarde.

—Vamos, bien, dijo el alcalde; otra noche esperaré yo mismo, y á mí no se me irán; ya está clareando; vamos á recogernos; pero en silencio, sin hacer ruido.

El alcalde se fué al sitio donde se habia quedado esperando la Galana y la dijo:

—Vamos; por esta noche hemos concluido.

Y se pusieron en marcha.

—Dígame vuestra señoría, dijo la Galana, ¿no podia ser que se perdonasen los azotes al cuitado de Corchuelos?

—Hija, contestó el alcalde, *quod scripsi scripsi*.

—Dígame vuestra señoría en romance, dijo Mari Galana; porque yo, aunque hace mucho tiempo que trato con estudiantes, todavía no sé latin.

—Eso quiere decir, que lo que escribí es lo que ha de ser, ó lo que es lo mismo, que Corchuelos será azotado.

—¿Pero por qué no se han de quedar los azotes en cincuenta, y por qué no se ha de decir al verdugo que no cargue la mano?

—Bastante rebaja he hecho con no ahorcarle ni echarle á galeras.

—Pero mire vuestra señoría que me lo van á estropear, y que yo me muero por sus ojos; por la salud de vuestra señoría y por la de su buena madre, y por la de

su hija, mire vuestra señoría que es buen hombre, y no tiene más sino que se le calienta la sangre y mete mano. A mi me tiene siempre muy honradamente acompañada, porque nunca me faltan cardenales.

—Pues hija, váyanse los que le hará la penca por los que él te hace, y dále gracias á Dios porque no te meto en la cárcel con tu abuela y te mando emplumar á tí y á ella, y que os den sobre un burro una zurra por esas calles.

—¡Vaya! Como si se hubieran hecho mis carnes para la penca, y como si á vuestra señoría no le diera lástima de que el verdugo para emplumarme me trasquilase esta bendición de cabellos que Dios me ha dado. Vuestra señoría es bueno, y no dice eso más que para ponerme espanto.

—Pues mira, Galana: échate un punto en la boca, y no digas á nadie lo que me has dicho, y déjate de andorrees por la calle, porque si te vuelvo á encontrar, no digo yo á la media noche, sino despues de oscurecido, no te han de valer tus zalamerías.

—Vaya, no creia yo que fuese vuestra señoría tan de piedra. Abuela Martina, vámonos, no sea que el señor alcalde nos entrecoja y no lo pasemos bien, dijo con descaro la Galana entrando en el soportal donde se habian quedado la vieja, Pedralva y los otros cuatro alguaciles.

—Que las lleven dos hasta su casa, dijo el alcalde, y cuando las dejaren, que se vengán á mi posada.

—¿Guardia nos da vuestra señoría? Pues vaya si vamos á ir bien, dijo Galana; lástima que todavía no sea

de día claro para que nos vean con tan buenos lacayos. Vamos, abuela, vamos.

La vieja y la moza de partido se fueron acompañadas por dos alguaciles, y el alcalde, tomando su vara de manos de Pedralva, se volvió con éste y con los otros cuatro corchetes á su casa.

—No hay que fiar de lo que dice esta perdida, decia para sí el alcalde por el camino; tiene ojeriza á Gabriel de Espinosa por lo de ayer mañana, y quiere sin duda vengarse de él metiéndole en un atolladero; ir á casa de Gabriel de Espinosa, no seria prudente; porque si hay algo de verdad en lo que Galana dice, seria avisarle; que han salido dos hombres, fraile y seglar, de las habitaciones de doña Ana, es cierto; que el fraile sea el vicario de las monjas, es posible; pero que sea el pastelero Gabriel de Espinosa el hombre que visita de noche á doña Ana, no lo creo verosímil. Aunque, sin embargo, este hombre, que ha sido bastante para robar de su casa á una dama tan principal como su esposa, bien podria ser que hubiera vuelto el seso á la monja. Confusiones son estas, que son para perturbar el juicio del más cuerdo; y andar con muchos recados y contestaciones con el presidente de la Chancillería, seria abultar un negocio, que tal vez en sí nada vale, y sacar á un proceso cosas de doña Ana de Austria, lo que puede ser que no agradara mucho al rey nuestro señor. En el pueblo hay tres grandes señores portugueses; pero estos han ido ayer públicamente á visitar á la señora doña Ana, y no creo yo que ninguno de ellos tenga para qué visitarla de noche y en secreto. Vamos, me está tocando una de esas

malas temporadas que se le vienen encima á un alcalde, y no hay más que tener paciencia y abrir mucho los ojos, y ser prudente y ver lo que se hace, que ello dirá.

VII.

En esto llegaba el alcalde á su casa, metióse en su habitación, y dijo á Pedralva:

—A las doce en punto, el bachiller fuera, sobre el burro, y de cinco en cinco los azotes, según costumbre, y sin compasión; si se muere mejor: un mal hombre menos. Ea, buenos días, que yo voy á ver si duermo un poco.

VIII.

No bien habían dejado los alguaciles á la tía Martina y á Mari Galana en su casa, cuando la chica se abalanzó á la vieja, y colgándose del cuello la dijo:

—Ocasión ha llegado en que veamos lo que tú me estimas, madre Martina, y cómo me agradeces lo que por tí hago.

—Vamos, lucero, dijo la vieja; que te sofocas demasiado y por bien poca cosa; deja que le sacudan, que los azotes, fuera de que incomodan cuando se aguantan, son saludables; porque la mala sangre sale á las espaldas y se remuda. Yo te sé decir que me han azotado diez veces, por fruslerías, hija, por fruslerías; porque estos señores alcaldes necesitan muy poco para recetar azotes,

y nunca mandan menos de ciento, que no es cuestión más que de veinte pregones; y todo es hasta que las espaldas se duermen; que en durmiéndose, lo mismo dan ocho que ochenta; mira tú si lo sabré yo; y no tengas pena, paloma, que Corchuelos tendrás más que lo que quisieras.

—Muy bueno estará todo eso, abuela Martina, dijo la muchacha; pero bueno sería untarle la mano al verdugo para que llevase penca de amigo, y no apretase demasiado.

—¿Y con qué hemos de untar al maestro?

—Con plata, abuela.

—¡Para que vea un maravedí mio, ni por Corchuelos, ni por el gallo de la pasión, el apretador de gznates y bataneador de espaldas! Quitá, hija, quitá, que eso es peor; tú no sabes lo que te dices; con lo que se le da, almuerza como un canónigo y bebe vino, y cria fuerzas, y sin poderlo remediar el pobrecito, cuando piensa aflojar la mano, donde deja caer la penca, levanta túrdiga. Si lo sabré yo; una vez un compadre mio le dió al maestro Rejones, el de Toledo, tres ducados para que no me sentase mucho la mano, y, Mariquita de mi alma, nunca se los hubiera dado, porque fueron los azotes más crueles que he sufrido en toda mi vida. Ya verás tú, ya verás tú cuando te den una vuelta; que eres muy niña, y si llegas á mis años, ya sabrás lo que es garrotillo en los pulgares y los cordeles en los brazos, y la penca y la corozá; porque ya te sacarán á la vergüenza la justicia ordinaria y el Santo Oficio, que la vida que traes no es para otra cosa, y ya andan sonrugiendo por ahí, que si

eres bruja, que si no eres bruja, y que si tienes hecho pacto con el macho cabrío y escondidos bajo la cama el unto y la escoba. Acuérdate que ya tuvistes un disgusto con este mismo alcalde de esta noche en Valladolid, y que si yo no ando lista y busco buenos padrinos, te rapan, te empluman, te azotan y te ponen como nueva; pero ello vendrá, hija, ello vendrá, y es menester que te vayas consintiendo y perdiéndole el miedo.

—Con unos ducadillos, abuela, haremos muy nuestro amigo al tío Cordelejo, que ya debe haber venido de Medina del Campo, á donde le han ido á buscar, porque en este villorrio no hay verdugo; mal rayo que le hubiera partido en el camino.

—Mira, Galana, hija, que estos tales maestros de justicia andan siempre á cuarta pregunta; como no cobran los derechos hasta despues de la justicia, van á hacer la justicia en ayunas; si fueran á ahorcar á Corchuelos, muy santo y muy bueno; yo misma iria á llevarle un almuerzo de obispo, para que tuviera fuerzas y le despenara bien; pero tratándose de azotes, que vaya en ayunas, que así no podrá apretar: y esto es probado. Si querrás saber tú más que yo, muchacha, que te doblo dos veces la edad; qué sabes tú de estas cosas.

—Pues mire, madre Martina; como no me dé gusto, me meto en una clausura de arrepentidas, y aquí paz y despues gloria, y veremos lo que es de usted sin mí.

Asustóse la vieja al comprender que aquella paloma torcaz estaba decidida, y se rindió á discrecion.

—¿Pues crees tú que lo hacia por dinero, estrella? dijo la vieja con el acento más meloso del mundo; toda-

vía tengo yo cincuenta ducados para los casos de honra, aunque se gasten, porque tú no te disgustes. Vamos, hija, vamos, que ya es de día claro; arréglate el manto, y vámonos á casa del sepulturero de la parroquia.

IX.

Poco despues, Mari Galana y la tia Martina marchaban á paso largo por las calles de Madrigal, y al cruzar una, hubieron de detenerse para que pasaran un hombre que venia montado en un asno, con dos cuadrilleros de la santa Hermandad á caballo un poco detrás de él, y seis arcabuceros.

—¡Ah, madre Martina, dijo Mari Galana mirando al hombre que iba montado en el asno; que ese debe ser el maestro ejecutor de Medina, y tiene la cara más mala del mundo!

—¿Pues qué cara quieres tú que tenga un verdugo, amor mio? Vamos, vamos deprisa, no sea que maese Toston el sepulturero se haya ido á sus quehaceres.

X.

La moza y la vieja apretaron el paso, llegaron al cementerio de la iglesia, entraron en él, le atravesaron, y se colocaron de rondon en un casuco que habia en uno de los ángulos del cementerio.

Un hombre repugnante estaba en un fagon moviendo y removiendo con una rasera una enorme cantidad de migas en una inmensa y negra sartén.

—¡Eh! maese Toston, dijo la tia Martina; tira al albañal esas descomulgadas migas de pan de centeno, y lárgate á buscar al maestro de justicias de Medina, Cordelejo, y á maese Lagarto el pregonero de la villa; díles que dos damas les convidan á almorzar, y llévatelos fuera del pueblo al ventorro de las Peñuelas, donde estaremos nosotras, y donde almorzaremos como reyes, en paz y en gracia de Dios.

—Ya decia yo, contestó maese Toston, que la Mari Galana no dejaria azotar á su cariño asi de cualquier manera. Vayan vuestas mercedes andando hácia las Peñuelas, que maese Lagarto y maese Cordelejo estarán allí conmigo más presto que dice misa un cura loco.

Y apartando á un lado la sarten, tomó un viejísimo y grasiento sombrero gacho, se le puso, tomó un garrote de un rincon, y partió.

La vieja y la jóven salieron del domicilio del sepulturero, y luego del cementerio, y recorriendo algunas callejas, salieron al campo.

XI.

Media hora despues, en un cuartucho del ventorrillo de las Peñuelas, sentadas alrededor de una mesa en que humeaba sobre una fuente una inmensa cantidad de gigote, haciéndole guarda de honor en derredor cuatro enormes jarros vidriados llenos de vino pardillo, estaban la madre Martina, Mari Galana, maese Cordelejo, maese Toston y maese Lagarto y los servia una moza rolliza que parecia hecha de encargo para servir dignamente á

tales personajes, y entraba y salia renovando los jarros de vino, un hombre, que si no era foragido, olia á mohatero, ladron y asesino desde una legua.

No se podia pedir junta más infamia.

Aquello era lo último de la hez social.

Solo habia allí una cosa que disonaba de todo aquello.

La espléndida y jóven hermosura de Mari Galana; su rico manto de tercianela azul celeste, que se manchaba de vino; el blanquísimo y fino pañuelo de Cambray que cubria sus hombros y su pecho, dejando ver en su cuello un delgado rosario de perlas con cruz de oro, y los ricos cintillos que adornaban las pequeñas, mórvidas y suaves manos de la niña.

Estaba tan dolorida, tan apenada la Mari Galana, que su semblante habia perdido su desvergüenza, y tenia algo de puro, y mucho de lánguido y melancólico, lo que hacia parecer más hermosa á la muchacha, que ya lo era mucho.

—Ya ves, maese Cordelejo, decia la vieja presentando al verdugo de Medina un jarro de vino, del que ella habia apurado casi la mitad, que esta perla se muere; es niña y no está acostumbrada á estas cosas, y como todavía no le han acariciado las espaldas, se le hacen un mundo los azotes, y cree que su Corchuelos, por quien ciega y desatina, se lo van á matar.

—Lo que se vá á poner el bachiller Corchuelos, dijo maese Lagarto con la boca llena de gigote, contestando por maese Cordelejo, que no podia decir palabra porque se habia aplicado á dejar seco el fondo del jarro que le